

P. Manuel Molina: ¿DONDE LENIN, ALLI JERUSALEN?

**REFLEXIONES SOBRE LA TEOLOGÍA DE LA LIBERACIÓN
Y EL PENSAMIENTO ACTUAL DE PABLO VI (*).**

En Bogotá, en agosto de 1968, decía Pablo VI:

"Entre los diversos caminos hacia una justa regeneración social, nosotros no podemos escoger ni el del marxismo ateo, ni el de la rebelión cismática, ni tanto menos el del esparcimiento de sangre y el de la anarquía. Distingamos nuestras responsabilidades de las de aquellos que, por el contrario, hacen de la violencia un ideal noble, un heroísmo glorioso, una teología complaciente. Para reparar errores del pasado y para curar enfermedades no hemos de cometer nuevos fallos, porque estarían contra el Evangelio, contra el espíritu de la Iglesia, contra los mismos intereses del pueblo, contra el signo feliz de la hora presente, que es el de la justicia en camino hacia la hermandad y la paz".

Estas palabras de Pablo VI van a ser el hilo conductor de la pluma del P. Manuel Molina al exponer cierta forma de Teología de la liberación, aquella *teología complaciente con el marxismo ateo*, que tiene en Hispanoamérica especial vigencia.

Toda ella se resume en el título de esta obra inspirado en la afirmación de E. Bloch: "ubi Lenin, ibi Jerusalem". Recordemos que Moltmann describe a Bloch como un marxista con la Biblia en la mano, con el intento de fundir el marxismo con el cristianismo. La consecuencia será la anulación del cristianismo absorbido por el marxismo.

El P. Molina ha dedicado treinta años a la evangelización de la América Latina, en la difusión de la Biblia. Es un especialista en Sagrada Escritura y por ello se encuentra muy pertrechado para contestar a quienes, como Gustavo Gutiérrez, manipulan la Sagrada Escritura hasta el extremo de escribir:

"La liberación de Egipto es un *acto político*. Es la ruptura de una situación de despojo y de miseria y el inicio de una sociedad justa y fraterna. Es la supresión del desorden y la creación de un orden nuevo".

Sí, de acuerdo —contesta Molina—. Una "sociedad justa y fraterna" y un "orden nuevo". Pero: ¿y la regulación de la servidumbre hecha por Moisés y la prohibición en el Decálogo, de ni siquiera desear los siervos ajenos ... le prueba a usted que la libe-

(*) Editorial Tradición, México 1975.

ración israelita tenía el marco socio-político que ustedes le atribuyen? ¿No era, por lo contrario, como todo el contexto prueba, una liberación de orden trascendente y figura de la liberación del pecado, realizada por Cristo en el Misterio Pascual...?

"Para comprender el sentido bíblico de liberación-salvación, debemos remontarnos al sujeto de la misma, al hombre: a) *Creado por Dios*; b) Librementemente apartado de Dios por el pecado; c) Vuelto a la gracia de Dios por la destrucción del pecado realizada por la muerte y la resurrección de Cristo" (pág. 92).

Este es el esquema bíblico, religioso, sin mixtificaciones humanistas; ésta es la Historia de la Salvación. Añádase a esto que ese *acto político* tiene signo marxista en nuestros días y en los autores que el P. Molina va a estudiar casi exclusivamente, y se tendrá el resumen del libro que nos ocupa.

Este libro podría ser como la ampliación de alguna de las ideas que el autor expuso en su obra titulada *Arboles del Paraíso*, reeditada en México, en la Editorial Tradición, con el nombre de *El Progresismo Religioso*, para detener, en cuanto le fuera dado, la difusión del neo-modernismo religioso. Las páginas de *Verbo* (núm. 141-142) ya se ocuparon con elogio de ésta.

Ese neo-modernismo ha engendrado en América Latina la llamada Teología de la Liberación, a lo menos cierta teología con tendencia claramente marxista, que en 1974 había infestado con más de cinco mil títulos aquellas amadas tierras americanas. Humildemente declara el autor, junto a su decidido enfrentamiento a esta teología aberrante y maléfica, que escribe estas páginas más como informador que como profesor, más como catequista que como teólogo, si bien nosotros sabemos que no se puede ser buen catequista ni informador sin estar muy bien informado teológicamente y reconociendo que el método catequístico empleado es muy *sui generis*, lleno de claridad, de vigor y de la autoridad que le confiere la palabra del Magisterio y sobre todo del Papa Pablo VI, plenamente actual, con la que cierra todos los capítulos. No quiere ni busca otra cosa que la seguridad de la doctrina; no trae teorías propias, sino enseñanzas ajenas, las del Magisterio, que pesan o deben pesar en quien se sienta de verdad católico. Por eso, su método es catequético; y lo es, además, por los resúmenes de los capítulos, breves y diáfanos, que permiten en muy poco tiempo enterarse del contenido del libro. No es tan fácil dar una visión completa del libro, porque su carácter catequístico impide resumir más la gran cantidad de cuestiones abordadas en el mismo. Con todo, intentamos dar la idea más exacta posible de los grandes temas del P. Molina.

El hecho es que nos hallamos en presencia de una Teología de

la Liberación, que se nutre de diversas fuentes. Una de ellas es de inspiración cristiana, que aparentemente se identifica con el Vaticano II, y la otra, marxista, que es la que se está apoderando de todo el movimiento liberacionista, alejándolo cada vez más de la inspiración de la Iglesia y del Magisterio.

De entrada, esta teología diríamos que cuenta con la simpatía de todas las almas nobles que desean el bien para los más necesitados, aunque al final ese talante simpático se pueda poner en duda, cuando se contemplan los frutos y consecuencias de la línea marxista, que arruina los datos teológicos tradicionales, vacía sus conceptos y los mismos términos sufren un cambio de significado, una transposición marxista, para servirse de ellos como el mejor aliado para una marxistización del cristianismo: "Soy marxista, porque soy cristiano".

Dice el autor (pág. 16): "La Teología de la Liberación ha subvertido los conceptos de Revelación, Escritura, Cristología, Orden natural y sobrenatural, praxis y doctrina, Eclesiología, Caridad, Pecado, Identificación del Reino de Cristo con la sociedad marxista". Aunque, como el mismo P. Molina señala, la cosecha y aceptación de las teorías liberalizadoras no se hubiera podido generalizar tan rápidamente, sin la acción previa de otras ideas disolventes, que desde hace tiempo se fueron introduciendo en la Iglesia. En su libro *El Progresismo religioso*, más por extenso, nos habló de las raíces de ese progresismo, que también muestra ahora, en el que reseñamos. Los nombres Kant-Hegel-Marx; los sistemas agnosticista-inmanentista-evolucionista; el Modernismo, cuyos temas filosófico-teológicos vuelven a ser lanzados por la Teología Nueva; las aportaciones del teólogo protestante y miembro de un partido socialista, Karl Barth, que pretende la identidad "Reino de Dios = Sociedad socialista"; las de Erns Bloch y Moltmann con sus teologías sobre la esperanza; las de Roger Garaudy atareado en servir de puente para el acercamiento cristiano-marxista, y las de Konrad Farnet, autor de la "*¿Teología del Comunismo?*", de cuyo libro son los siguientes axiomas:

- La teología de la esperanza debería desarrollarse en la teología del Comunismo, pues éste es la única y total esperanza del hombre.
- Sin el Comunismo no habrá en el futuro ningún cristianismo.

Otros afluentes que han allanado el camino a esta Teología de la Liberación fueron, en los años sesenta, los de la Teología de la Se-

cularización, totalmente horizontalista, antropocéntrica, desmitologizante, representada por nombres bien conocidos como Bonhoeffer, van Buren, Robinson, H. Cox ...

Cuando se ha evacuado así la cruz de Cristo, cuando se prescindiese del cristianismo creyéndole superado, el hombre, que siente, como la naturaleza, horror al vacío, tiene que buscar un polo positivo al que agarrarse como a tabla de salvación. Lo malo es que la tabla esté podrida y se nos rompa, llevándonos a la desesperación, a la desesperación a que conducen todos los humanismos. Ese polo positivo, por llamarlo de alguna manera, que quiere ocupar el puesto de Cristo, es la concepción marxista de la vida.

Esto es lo que ha hecho esta teología de la liberación de tipo marxista. Ha puesto en el lugar de la Palabra de Dios el Historicismo —dice el P. Molina—, o sea la teología de los signos de los tiempos, y como los tiempos se hallan imbuidos de marxismo, han concluido de ahí, que el marxismo es una realidad que forma parte del plan de Dios y de la Revelación, y no como parte negativa, ... sino como manifestación de la voluntad de Dios, y consecuentemente que debemos adherirnos a él (pág. 39).

Y esto es lo admirable: que los cristianos, algunos que se dicen cristianos, acepten en lugar de la fe en Dios, la fe en la materia; en lugar de la esperanza, el devenir; en lugar del Amor, el odio, la lucha de clases, "una lucha a muerte entre dos clases, dos mundos, dos épocas de la Historia Universal" (Lenin). Con estos métodos, unas veces violentos, otras pacíficos, minando desde dentro al adversario, como anunciaba Lenin, o con otros métodos, como la Guerra subversiva, la Guerra revolucionaria o la Revolución cultural, patrocinadas por Mao, de lo que se trata es no de llevar al mundo la redención de Cristo, sino de imponerle la dictadura del proletariado.

Sí, eso es lo aterrador y lo admirable: que "un cristiano consciente, que, más aún, sacerdotes y hasta obispos, luchen por la implantación del marxismo" (pág. 51). Cómo se llega a este contrasentido, lo explica el autor con una brillante página de Marcel Clément.

Resulta difícil dar una definición de Teología de la Liberación, si se tiene en cuenta que existe un arco iris de opiniones entre los tratadistas. ¿Qué entienden algunos por teología y qué por liberación? Nuestro libro se fija principalmente en la que aflora en América Latina con sus dos corrientes, una que busca entroncar con algunas ideas del Vaticano II, sustentada por Mons. Pironio y Monseñor López Trujillo, actual Secretario General de CELAM, seguidos por los profesores Armando Bandera, de Salamanca, Arias Re-

yero, de Santiago de Chile, y otros muchos ilustres tratadistas, y la de color marxista, que es la estudiada por el P. Molina. Esta corriente acepta la dialéctica de la teoría amo-esclavo de Hegel, opresión-servidumbre de Marx, y busca y proclama:

"a) La pronta revolución marxista, pues sin ella la Iglesia no puede realizar su misión, como prueban los dos mil años de fracaso del cristianismo.

b) Es imposible vivir y practicar el cristianismo en regímenes capitalistas, pues se vive en régimen de pecado, y la única manera de librarse de ese pecado es el compromiso con la revolución" (página 70).

A estas conclusiones llegan por diversos caminos tres personajes/guías —los únicos estudiados por nuestro autor en este capítulo— del movimiento teológico liberacionista latino-americano: Comblin, Gustavo Gutiérrez y Hugo Assmann. Por desgracia, sus teorías, antitéticas del Vaticano II, tienen amplia audiencia e influencia entre el clero y, según se rumorea, entre algunas jerarquías.

Denso y luminoso es el estudio que el P. Molina dedica al uso y abuso de la Biblia por la Teología de la Liberación. Como era de esperar, la tratan con poco respeto y piedad. No sabemos cómo pueden llegar a una interpretación de la Biblia tan arbitraria y si es posible que ellos se engañen a sí mismos. Su afán se centra, prescindiendo del contexto y la armonía de la fe, en encontrar situaciones y textos para probar bíblicamente las propias teorías. Como ya se ha indicado, "el criterio que guía a la Teología de la Liberación, para su *reinterpretación* o *relectura* de la Biblia es el llamado *conflicto* o *praxis* social conflictiva, lo cual, según la misma teología, es el hilo de toda la Historia de la Salvación". Es un criterio *político* y no religioso, claramente opuesto al esquema bíblico que presenta al hombre creado por Dios, libremente apartado de Dios por el pecado y vuelto a la gracia de Dios por la destrucción del pecado realizada por la muerte y resurrección de Cristo.

De ahí los abusos en la interpretación del Exodo, de Amós, de Isaías, de los textos proféticos relativos a la riqueza y la pobreza, a la violencia, a la esclavitud, a la obediencia, a la autoridad, etc., para llegar a la consideración del Antiguo Testamento como Tesis, al Nuevo como Antítesis y al Marxismo como Síntesis.

Así, a nadie puede extrañar que "en un paso más arriesgado, los que se sitúan en la vertiente marxista, de un tiempo a esta parte, y en las reuniones de algunas Comunidades de Base, e incluso en Homilías durante la celebración de la Eucaristía, se va prescindiendo paulatinamente del uso de la Biblia, supliéndolo con textos o lecturas de periódicos o revistas, pues, según ellos, en la narración

de los acontecimientos actuales está demostrada también la revelación de Dios" (pág. 110).

Cuando la clave es el "conflicto" y se ha tomado partido por una de las partes en conflicto, el desarrollo de esta Teología es monstruoso. El autor lo va mostrando con riqueza de datos muy significativos. Esa teología prescinde de los temas directos que tratan de Dios; silencian en todo el mundo los crímenes del marxismo y no se preocupan para nada de los pueblos esclavizados por el comunismo; abomina de Pinochet y loa a Castro; la caridad es conflictivamente interpretada, de manera que no puede ser verdadera caridad si no obliga a optar *por* una clase y *contra* otra clase; la medida de la fe viene dada por la inmersión en la política de signo marxista; la iglesia, el templo será casa del pueblo de Marx; no se celebra la Eucaristía dominical por el simple hecho de conflictos laborales en la demarcación parroquial; los que colaboran en el fomento del odio entre hermanos, los que lo organizan, esos son los verdaderos servidores de la Humanidad; el tener o no tener fe es indiferente; no existe el problema del ateísmo, ni se precisa la evangelización... Ciertamente, "en cuanto al enunciado general de las verdades de fe no existe diferencia entre el liberacionismo y la teología tradicional..., la presentación de los puntos de la Historia de la Salvación es correcta... Pero a partir de ahí se inicia el desvío de las fuentes, pues la historia de salvación se somete al historicismo, o sea a interpretarla de acuerdo a "los signos de los tiempos", para que pueda ser captada por el hombre moderno, y para ello debe ser *releída y reinterpretada* a la luz de una hermenéutica política, que no brota de la Palabra de Dios, sino del Subjetivismo que suplantó la palabra de Dios para sus propios juicios" (pág. 120).

Nos desasosiega, mientras escribimos estas líneas, la imposibilidad de abarcar y dar una idea aproximada de la riqueza temática de que hace gala el autor a lo largo de todo el libro. Es imposible decirlo todo. Por ello remitimos a nuestros lectores al libro que reseñamos.

¿Qué piensa esa Teología con respecto a la Iglesia? El P. Molina hace la afirmación rotunda de que los liberacionistas quieren "otra" Iglesia; lo muestra, lo prueba con textos de esos teólogos, opuestos a la doctrina eclesiológica de siempre, al Vaticano II, al Papa Pablo VI. En la imposibilidad de seguir paso a paso el desarrollo del autor queremos dar las palabras del Episcopado Chileno, llenas de gravedad y que resumen la magnitud de las desviaciones de los cristianos (!) por el socialismo y el gravísimo peligro para la Iglesia auténtica:

"La actividad —dicen— del grupo "Cristianos por el Socialis-

mo" es de una profunda ambigüedad y requiere una definición clara por su parte. Si ese grupo pretende ser un frente de penetración en la Iglesia, para convertirla desde su interior en una fuerza política y anexarla a un determinado programa de revolución social, es necesario que lo diga leal y claramente, y deje entonces de considerarse un grupo eclesial; sería más recto, en este caso, tomar el nombre de un grupo político, sumarse al partido o corriente que estime más oportuno, y renunciar a las ventajas de orden práctico o propagandístico que obtienen sus dirigentes por su condición de sacerdotes católicos. La ambigüedad ya no puede continuar, porque es perjudicial a la Iglesia y produce desorientación en muchos fieles, además de ser en sí misma un abuso del sacerdocio y de la fe. La Iglesia de Cristo no soporta este daño. Por tanto, y en vista de los antecedentes que hemos señalado, prohibimos a sacerdotes y religiosos(as) que formen parte de esa organización, y también que realicen —en la forma que sea, institucional o personal, organizada o espontánea— el tipo de acción que hemos denunciado en este documento" (pág. 179).

Una sola idea centra toda la Teología de la Liberación: donde Lenin, allí Jerusalén; el marxismo es la auténtica iglesia. El 29 de septiembre de 1975 los cristianos por el socialismo españoles firmaban en Burgos un comunicado al final de su II Encuentro. En el punto 13 se dice: "CPS (Cristianos por el Socialismo) es una corriente en el seno de los cristianos que luchan por la liberación de los pueblos, en las fábricas, en los barrios, en las zonas campesinas, en la cultura y en la vida profesional; y esto desde una opción socialista y marxista de signo plural...". Como se ve, no es una teología para sólo América.

¿Qué hacer? El P. Molina cierra su libro con una serie de consejos prácticos. Somos minoría los que percibimos el peligro marxista en la Iglesia; nuestras armas son las del espíritu; es necesaria la formación intelectual para detectar, desenmascarar y contraatacar, basada en la Tradición, el Magisterio, la Biblia; la difusión de la doctrina del *doctor común*, Santo Tomás, "valedera por tanto para los hombres de nuestro tiempo" (Pablo VI); la adhesión amorosa y total al representante de Cristo en la tierra y a los obispos en comunión con él; hablar, denunciar, trabajar con todo esfuerzo porque el mal que se está haciendo a la Iglesia es grande.

Quiera Dios que este hermoso y angustiado libro del P. Molina encuentre amplia difusión.

LUCAS GARCÍA BORRIGUERO.